

—Sí. Es amigo, y además gana todas las causas.

—¡Pero si la tuya es tan mala!...

—¡Ay!—suspiró Isabel.

Las dos mujeres se separaron.

Isabel se asomó á la ventana y vió á su amiga subir al coche, pero no oyó la orden que dió al cochero.

La viudita había dicho:

—Calle de Saint-Honoré, 260.

Eran las señas del domicilio del abogado Papillot.

V

El despacho de *Maitre* Papillot aparenta seriedad, pero suavizada por la moda: no se parece en nada á los sórdidos escritorios de los antiguos servidores de Temis.

Los abogados van con la época.

Algunos no solo andan, sino vuelan.

Papillot no es de estos últimos.

Acepta del progreso unos adelantos y prescinde de los restantes.

Por eso ha suprimido los bustos de los antiguos jurisconsultos Potier, Cujás ó Bertholi, los libros que no se abrían nunca, destinados únicamente á cubrir las apariencias, reemplazándolos por cuadros de artistas modernos y bustos de mujeres elegantes. Las sillas del despacho son de lo más moderno.

En cambio, el señor Papillot lleva mostachos á la antigua moda.

¿Os gustan los abogados con barba?

Se puede tener ese gusto; pero por lo que á mí hace, confieso que no pondría mi cabeza al amparo de un orador que usara bigotes como un militar, aunque me garantizara la salvación.

¡Será una manía, pero pienso así!

El señor Papillot es de elevada estatura y de fisonomía atractiva. Sus cabellos rubios son escasos, su nariz excesivamente espiritual, su boca maliciosa, sus cejas parecen dos epigramas y sus ojos revelan una buena persona.

Quizá las tres cuartas partes de su ingenio están en su figura.

Precisamente estaba enfrascado en la lectura del juicio de los Robert, cuando uno de sus escribientes levantó la cortina que separa su despacho del antro del secretario y le anunció la visita de una cliente.

—¿Joven?

—Sí.

—¿Bonita?

—¡Encantadora!

—Que pase.

Por regla general, ninguna mujer joven y hermosa tiene nunca que hacer antesala ni en los ministerios ni en los despachos de los abogados.

¿Por qué?

El señor Papillot arregló un poco su traje y adoptó en su sillón una actitud conveniente.

La amiga de Isabel entró.

—¡Oh!—exclamó el abogado.—¡Señora de Combes..!

—La misma.

—¿Tenéis algún asunto de que hablarme?

—Uno.

—¿Cuál?

—Voy á decíroslo.

—Estoy á vuestra disposición, no os apresuréis.

El señor Papillot se levantó apresuradamente y ofreció á su visitante el mejor de sus sillones.

—¿Continuaréis siendo rebelde á mis súplicas?—dijo apenas vió sentada á la señora de Combes.

—Os suplico que no hablemos ahora de eso.

—Gano un año con otro unos sesenta mil francos. Mi padre me ha dejado medio millón. Tengo cuarenta años y no los represento.

—¡Sí!

—No, no turbéis mi calma, por favor. Me

creo joven; vos sois viuda; tenéis treinta años y no los representáis.

—Sí.

—No. Sois muy modesta. Nuestras fortunas son casi iguales; nos conocemos hace mucho tiempo y nos estimamos. ¿Por qué no queréis casaros conmigo? ¡Os confieso que no lo entiendo!

—Porque estimo en mucho mi libertad.

—Sería capaz de suplicaros tanto, que acabaríais por renunciar á ella en mi obsequio. Soy testarudo...

—¿Como las mulas?

—No, decid como un bretón, para lisonjear mi amor propio.

—Sea. Ya veremos. Tenemos bastante tiempo por delante. Entretanto dadme un consejo.

—¡Diez, veinte, treinta, ciento, los que queráis!

—Uno solo.

—Es muy poco. ¿De qué se trata?

—Supongamos que una mujer ha cometido una falta, por la cual su esposo se halla muy indignado.

—La señora Robert, vuestra amiga, por ejemplo..

—Nada de personalidades.

—¡Oh! Hablo sin intención, porque tengo el expediente á la vista, y lo estoy estudiando. ¡Es un asunto detestable! ¡Qué diablo de idea tuvo de engañar á su marido, un hombre tan distinguido, por una nulidad como ese Barillet? ¡He ahí lo que no me explico! Las mujeres siempre lo mismo, y siempre me sorprenden con su conducta.

—Y á mí. Yo soy una mujer sencilla y me admiro á veces de mí misma. La verdad es que ese joven sin mérito alguno alcanza grandes éxitos con las mujeres. Así es que se le atribuyen encantos desconocidos... y la curiosidad... Pero dejémonos de divagaciones.

—¡Adelante!

—Supongo, pues, que una mujer...

—Ha cometido una falta.

—¡Ah! ¡estos abogados!...

—Os escucho...

—Su marido...

—Religiosamente.

—¿Qué decís?

—Digo que os escucho religiosamente.

—Si continuáis hablando no acabaremos nunca.

—Eso es lo que deseo. Soy tan dichoso desde que estáis aquí, que no tengo más que un deseo, el de no dejaros salir.

—¿Y mi tía que se impacienta? ¿Y mi casa? ¿Y mi almuerzo? Señor Papillot, no es al pretendiente á quien vengo á hablar, sino al abogado, al hombre de toga, para hacerle una consulta. De una vez para siempre; si me interrumpís, llevo mi clientela á uno de vuestros compañeros.

—Guardaos bien de eso; me atravesaría de parte á parte con mi pluma. Continuad, si gustáis.

—Decíamos, que una mujer había cometido una falta; que su marido la perseguía implacablemente; que el marido no observaba una conducta irreprochable, porque los hombres gustan de turbar la paz en la casa ajena, inventando mil astucias é ingeniándose para conseguir sus fines, sin admitir la reciprocidad, lo cual convendréis conmigo que es una soberana é irritante injusticia.

—Continuemos, aunque la tesis sea discutible.

—Así las cosas, ese inexorable esposo á quien su mujer sigue amando, fijaos en eso, sobre todo desde que le engañó...

—¡Profundo pensamiento!...

—Y justo.

—Perfectamente.

—Se compromete con una viuda joven, á la cual persigue mucho tiempo, sin que ésta lo quiera; ¡oh, no! pero por una casualidad que podemos llamar providencial, la mujer culpable sorprende á su esposo á los pies de la viuda joven en el momento en que él se deshace en ardientes súplicas, en locas promesas, en estúpidos juramentos de amor eterno. Me parece que hay en esto una infidelidad notoria, que es lo bastante para cambiar la faz del proceso, para condenar á los dos, si el esposo, reconociendo que las debilidades tienen su excusa, no consiente en caer á los pies de su adorable pecadora y en llevarla otra vez consigo, terminando toda querrela entre ambos.

—¡Eh!—dijo Papillot.

—He ahí una exclamación que me inquieta. Hablad, señor abogado.

—Digo que eso es algo; pero no lo bastante.

—¿Que sería necesario?

—Un delito más caracterizado.

—¿Cuál, pues?

—Una infidelidad completa.

—¡Ah! ¡Eso sí que es dificultoso!

—Un delito flagrante. Porque de qué un marido caiga á los pies de una joven hermosa en un momento de fiebre, no se colige que llegará más allá.

—Es lógico; pero la injuria es grave, y si hay testigos...

El señor Papillot sonrió.

—Juicio de Robert contra la señora Robert —dijo.

—¿Queréis salvar á vuestra amiga, no es eso?...

—Sí, sí; lo confieso, puesto que no gano nada negándolo.

—Es expuesto; pero tengo confianza en vos, yo que os amo.

—He ahí un acto meritorio. ¿De modo que no tendréis celos?

—¿De qué me serviría tenerlos?

—Vamos á ver, ¿qué es preciso hacer?

—¿Tenéis interés en ello?

—Mucho, aun cuando sólo fuera para demostrar á ese ingeniero soberbio, que él es más débil que esa pobre mujer á quien abandona. Por lo demás, si una mujer cae, la mayor

parte de las veces es porque el marido no sabe sostenerla. Ayudadme, pues.

El señor Papillot, después de reflexionar, habló y la joven le escuchó atentamente.

Terminada la consulta. el abogado empezó á defender su causa propia respecto de la viuda, causa que no parecía perdida del todo. Su cliente se había convertido en su juez, y por la agitación que la dominaba, casi podía esperarse un éxito completo.

Cuando la viuda se levantó, estaba colorada como una rosa.

—¿Cuánto os debo?—dijo con emoción.

—Nada.

—Entonces, son caros vuestros honorarios, puesto que os deberé gratitud.

—¡Tenéis tantos medios de solventar esa deuda!...

—Soy, pues, vuestra deudora.

—¡Sobre todo, prudencia!

—Confíad en mí.

Antes de levantar el portier para dejar paso á la joven, el señor Papillot le cogió la mano, cubierta con el guante, y se la besó con refinada galantería

Cuando la viudita subía al coche, el aboga-

do la saludó con la mano desde la ventana.

—¡He ahí—dijo, volviendo á su despacho—
cómo se pierden las mujeres!... ¡No cuentan
nunca con lo imprevisto, y lo imprevisto
llega!... ¡Velaré!

Y volvió á enfrascarse en el estudio del pro-
ceso Robert.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Año. 1925 MONTERREY, MEXICO

VI

Seguramente Isabel era culpable; pero podía
invocar tantas y tan poderosas circunstancias
atenuantes, que se hubiera necesitado ser de
acero para condenarla.

Su amiga Luisa de Combes, la viudita, habría
podido proporcionar pormenores muy instruc-
tivos acerca de la ligereza de Casimiro Pablo
Robert, ingeniero notable, que desde su salida
de las aulas consagró sus ocios al único estudio
que le interesaba: al de las mujeres.

Casimiro Pablo era un hombre feliz.

Todo le salía bien.

Bastaba que él interviniese en un asunto
para que marchara viento en popa.

Se elogiaba, por tanto, su golpe de vista, su
penetración y su sagacidad.

Los envidiosos decían que tenía suerte, tan-
ta suerte, por lo menos, como talento y mérito,
y era verdad.

Rico por su casa, se casó con una joven encantadora é inmensamente rica.

El poseía un físico agradable, gran genio y arrebatadora elocuencia.

No tenía más que presentarse para vencer.

A pesar de todo esto, le faltaba algo.

Hubiera querido ser marino. La vida del capitán Cook y de sus imitadores le parecía la única digna de un hombre de juicio.

Su sueño, su ideal, hubiera sido pasear su pabellón por todos los mares, no para fundar factorías, sino para completar sus conocimientos acerca de la mujer; escudriñar el Japón, sondear la China, profundizar en la cuestión de Taiti y arrebatarse á Méjico sus más íntimos secretos. No le habrían aterrado los indígenas de la Tierra del Fuego, y puede asegurarse que no hubiera retrocedido ante un escuadrón de negros del Congo.

Era un tipo especial.

Hacia mucho tiempo que París no tenía misterios para él: no existía en todas las líneas de la Compañía en que prestaba sus servicios, en millares de kilómetros, una cantinera ó una criada, á quien él no hubiera hecho objeto de sus galanteos.

Las mujeres sienten cierta debilidad por estos adoradores.

Pero precisamente, entre todas las que él había pretendido, la preferida era la que se le resistía.

Luisa Sanvelin, del Marais, había casado á los veinte años con el señor de Combes, parisiense belga por la línea materna, que tenía grandes capitales en Lieja. La jóven no fué feliz, su existencia iba haciéndose sombría, cuando una fiebre maligna le arrebató á su esposo.

Entonces volvió Luisa á París.

Rica é independiente, graciosa y espiritual, pronto se vió colmada de homenajes.

Uno de sus cortesanos más ardientes, fué el marido de su mejor amiga, Isabel Robert.

Era lógico y natural.

El incandescente ingeniero la encontraba casi siempre en su casa. La belleza rubia de Luisa formaba contraste con la hermosura morena de Isabel. El marido emprendió el asedio de la amiga, la abrumó con madrigales, la colmó de flores, la rodeó de cuidados.

Pero sin éxito.

Fiel á la amistad, la joven viuda fué rebelde al amor.

—Querido—decía al ingeniero,—perdéis el trabajo. ¡Ah! ¡Si no fueseis el marido de Isabel!...

Y acentuaba estas frases con suspiros que volvían loco á Casimiro.

Las mujeres más excelentes tienen estas malicias.

—Esto no es un marido—decía Isabel lamentándose,—es un comisionista.

Porque Pablo viajaba siempre, buscando compensación á los desdenes de la viuda en todas partes menos al lado de su mujer.

Por fin, agotada la paciencia, Isabel abrigó deseos de venganza muy naturales. De los deseos pasó á la ejecución, insensiblemente.

El mal no hubiera sido grave á no conocerlo el marido.

Sorpresa, herida del esposo en duelo, y también de sus dos amores, el amor propio y el otro amor, y como consecuencia de todo, expulsión de la mujer del domicilio conyugal, ó, mejor dicho, fuga de la paloma amedrentada.

Aquel domicilio conyugal era lo más artístico y lo más cómodo que se podía imaginar.

Era un hotelito situado en la calle Blanche entre un patio y un jardín, que hacía soñar.

Estaba separado únicamente del de la viudita de Combes por una sencilla tapia de seis á siete pies de altura, y podían comunicarse de uno á otro jardín con la mayor comodidad del mundo, con solo acercar una silla á la pared.

Como se ve, en esta clase de vecindades, las conversaciones añaden un nuevo encanto á la poesía de la flores, y esto no es de desperdiciar en pleno París.

Isabel echaba de menos á su marido, (á pesar de sus faltas), el hogar que había perdido y la vecindad de su amiga.

En cuanto al ingeniero, tascaba el freno, furioso por haber sido engañado, él que tanto merecía serlo; furioso también por no ver en su casa, al regreso de sus escapatorias, á la graciosa Isabel; y sobre todo, irritado por la herida que le causó, en duelo, el grotesco y ridículo Barillet.

La herida no fué grave; una simple rozadura entre cuero y carne; pero el florete de Barillet había herido mortalmente la vanidad del ingeniero.

Ser engañado y vencido por un Barillet, era el colmo de la humillación y de la vergüenza.

Deseosa de reconciliarlos, la viudita vertía

bálsamo en la herida de su amigo, en sus conversaciones á través de la pared medianera; pero el pesar estaba vivo; igual le sucedía á Isabel.

El salón japonés, indio, ó cochinchino, de su madre, no bastaba á llenar el vacío que dejara en su alma el tocador á lo Luis XVI, la alcoba y los salones de su paraíso de la calle Blanche.

¿Por qué estaba triste?

No es uno dueño de sus impresiones.

Lamentaba haberse empeñado, por hastío, en una aventura con aquel desconocido, cuya existencia ignoraba dos días antes.

Sin duda, la señora van Berg, la Clotilde de su niñez, le interesaba. Aparte de sus antiguas relaciones, era mujer como ella, y como ella había cometido infidelidades con su marido.

Esto era un nuevo lazo entre ellas.

Se decía que, después de todo, Clotilde van Berg había estado en su derecho; que un esposo que exige fidelidad, debe dar ejemplo; que es demasiado pedir á las mujeres, exigir las virtudes que sus maridos no practican; que Clotilde, como ella, no había hecho más que tomar justas represalias, que su única falta había sido dejarse sorprender; que si las mujeres se

uniesen para tender un lazo á los maridos, triunfarían; que estos tiranos se harían entonces menos altivos y severos con las pecadoras que en un momento de despecho, de abandono ó de hastío, se entregaban á actos, cuyo remordimiento las persigue siempre de cerca.

Pero estas reflexiones no la tranquilizaban.

Se aburría de todo.

Jugueteaba negligentemente con su abanico para matar el tiempo.

A sus pies se veía un libro que había tratado de leer.

Para sentir melancolía en aquel nido se necesitaban en verdad motivos graves como los que tenía la joven. El reioj dió las tres.

El sonido de la campana sacó á Isabel de su ensimismamiento.

Pensó entonces en la visita que iba á recibir, y como la coquetería no renuncia jamás sus derechos, la joven pasó á su tocador, vertió perfumes en su pañuelo, arregló su cabeza, y después de asegurarse de que sus ojos no habían perdido el brillo, sonrió ante el espejo, pensando en sus veinticuatro años, ese período encantador de la mujer.

—¡Y Luisa sin venir!—dijo.